

IV Certamen Literario de Diálogo

I Premio

CONVERSACIÓN CON MI ABUELO

Hugo León Cid

Accesit

SOMARRO

Vicente Clemente Clemente



Dialogyca BDDH
Madrid 2025

Primer Premio y *Accesit* del IV Certamen Literario de Diálogo *Dialogyca BDDH*

Composición del Jurado

Catalina García-Posada Rodríguez

Sergio Montalvo Mareca

Julio Salvador Salvador

Edición no venal

© Del texto *Conversación con mi abuelo*: Hugo León Cid

© Del texto *Somarro*: Vicente Clemente Clemente

© De la edición: *Dialogyca BDDH* (Biblioteca Digital de Diálogo Hispánico) - eProMyR Grupo de Estudios de Prosa Hispánica Bajomedieval y Renacentista del Instituto Universitario «Seminario Menéndez Pidal» (UCM)

Actividad realizada en el marco del proyecto de I+D PID2021-125646NB-I00, «DIALOMOM 2. *Dialogyca*: Del manuscrito a la prensa periódica. Estudios filológicos y editoriales del diálogo hispánico en dos momentos 2» Co-IPs: Dr. Emilio Francisco Blanco Gómez y Dra. Ana Vian Herrero (2022-2025) y del Proyecto Innova-Docencia UCM 2024-140 “*Dialogyca*: construcción argumentativa y dramatización como herramientas de aprendizaje a lo largo de los siglos”. IP: Dra. Sara Bellido Sánchez.

*En memoria de Ana Vian,
siempre entre nosotros.*

I PREMIO

Conversación con mi abuelo

*A palabras emitidas por laringes defectuosas,
trompas de Eustaquio en estado de letargo.*

MI ABUELA

NIETO.- Sucede, querido Abuelo, que, en un contexto de ocio como en el que ahora nos halla...

ABUELO.- En un bar bebiendo vino, como de costumbre. Habla claro, Nieto.

NIETO.- Sí, en un bar, Abuelo, llevas razón. En un bar y bebiendo vino, claro, claro... Decía, Abuelo, que los españoles en los bares mostramos la hipocresía sin ningún remordimiento. Mira a Madre cómo pregunta por los hijos de aquel matrimonio y mira, sobre todo, cómo estira su sonrisa.

ABUELO.- ¡Menuda novedad, Nieto! Por lo que veo, te estás volviendo un observador. ¿Sabes lo que dicen en el pueblo sobre los amigos?

NIETO.- Claro que no, Abuelo. Nunca sé nada de lo que me cuentas.

ABUELO.- Saca, pues, la péñola y el pliego, que esto no te lo enseñan en la Universidad. Decían que no llames a alguien amigo sin antes comer con él una fanega de sal, porque en tiempos de higos todos son amigos.

NIETO.- Muy bien, Abuelo, pero... dime ¿qué es una fanega?

ABUELO.- Una fanega son cuatro cuartillas.

NIETO.- ¿Y cuatro cuartillas son...?

ABUELO.- ¡Una fanega, lechuguino! ¿Y el chiste te lo sabes?

NIETO.- Miedo me das, Abuelo, ¿qué chiste?

ABUELO.- Dice así: esto era un gato que corría por la pared con los pies de trapo y el culo al revés, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

NIETO.- Sí, imagi...

ABUELO.- Esto era un gato que corría por la pared con los pies de trapo y el culo al revés, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

NIETO.- Me callo, me callo.

ABUELO.- No te calles, Nieto, que ya no te patojeo más.

Recuerda que el sarcasmo es la herramienta de los inteligentes, y el agravio, la de los débiles. Y no olvides que los cachondos también se mueren. ¡Y un día antes!

NIETO.- Me queda claro, Abuelo, y antes de discutir con alguien, pregunto a mi interlocutor si sabe lo que es una mula.

ABUELO.- (*Con profundísimo sarcasmo*) ¡Bebamos vino, que ya vienen las Musas!

*Timeo danaos et
dona ferentes.*

HUGO LEÓN CID

ACCESIT

Somarro

CERDO.- Dime Ascanio, ¿qué te trae por mi pocilga, tan alejada de la casa donde moras, a horas tan tempranas? Eos, la que nace de la mañana, la de dedos de rosa, aún no ha terminado de mostrarse. ¿Vienes acaso a compadecerte de mi negra suerte o, por el contrario, a burlarte de mi cruel destino?

YO.- ¿Por qué me llamas Ascanio si no es ese mi nombre?

CERDO.- Niño, ni sé cómo te llamas ni tampoco me importa. Ascanio ha sido el primer nombre que me ha venido a la mente cuando te he visto. (*Pensativo*) El caso es que me lo has recordado, Ascanio... un nombre más literario que el tuyo, cualquiera que este sea, y con Ascanio te quedas. Pero no has respondido a mi pregunta, ¿a qué vienes a mi corte?

YO.- (*Solemne*) De profundo sueño me han despertado tus lastimeros gruñidos, ¡oh, cerdo!, cual clamor de campanas que tocan a muerto. ¿Qué te ocurre?, ¿qué tienes?, ¿qué te angustia? Nunca había oído gruñir así.

CERDO.- (*Más solemne aún*) ¿Y tú me lo preguntas, Ascanio? Tú, un pequeño vástago de este pueblo de matachines. ¿En qué mes estamos? Dime. Contéstame.

YO.- En diciembre.

CERDO.- ¿Y tú no sabes que en diciembre, con frío y sin moscas, se mata el cochino?

YO.- Sí, pero ¿qué tiene eso que ver?

CERDO.- Pues que yo soy el cochino.

YO.- (*Sorprendido*) ¡Caramba!

CERDO.- Escúchame bien, Ascanio. Hoy, antes que el sol ocupe su cénit, el jifero matachín, uno cualquiera, me habrá yugulado y moriré en vuestro provecho. Lo digo sin rencor. Es el destino. Puerco nací y desde el día de mi misma nacencia estaba escrito. Al gamellón me encamino con orgullo de cerdo, la cabeza erguida, y cuando mi valeroso ánimo abandone mis huesos, allí moriré dejando mi negra sangre...

YO.- ¿Puedo hacer algo por tí?

CERDO.- Puedes, pequeño Ascanio. Dame una moneda, la que tengas, aunque solo sea una perra gorda o una perra chica.

YO.- (*Solemne otra vez*) No tengo ninguna, si la tuviera te la daría. Esa es mi voluntad y ha de bastarte. Pero dime, ¡oh, Cerdo!, ¿para qué quieres tú una moneda?

CERDO.- Para pagarle a Caronte el porte sobre la Estigia. Tengo entendido que sin óbolo no hay nada que hacer, porque no fía el cruce.

YO.- Entonces le irá bien el negocio. Pero creía yo que los cerdos, cuando muertos, no eran de entrar en el Hades, sino que se quedaban sobre la tierra, curándose al aire.

La luz se filtra por entre las rendijas de la persiana de mi habitación. Salto de la cama y me visto con rapidez, hace frío en el cuarto. Me lavo un poco la cara, el agua está helada, atuso algo el pelo con las manos mojadas y bajo corriendo a la cocina para desayunar al calor de la lumbre.

En el portal casi choco con mi abuela que entra con una gavilla de leña. Va pensando en lo suyo, creo que no me ha visto. Y es que hoy es el día, hoy matamos en casa y todo tiene que estar a punto. Mi abuela lleva dos o tres días sin parar. El pueblo entero rebosa actividad, ayer mataron fulano y mengano, hoy matamos nosotros y dos o tres más, mañana matarán otros tantos, y así sucesivamente hasta que haya matado todo el mundo.

La muerte del cochino marca un hito en la vida del lugar. La despensa de casa, a estas alturas del año casi vacía, se volverá a llenar de proteínas con las que subsistir un año más. Todo el pueblo se afana en la tarea, y eso se nota en el ambiente.

Se nota tanto que se genera una especie de conciencia colectiva superpuesta a las individuales, de modo que todo el mundo lo siente, las personas, los animales y también el cochino.

—¿Que cómo lo sabe? No tengo ni idea, pero lo sabe. Si un día cualquiera le abres la puerta de la corte a un cochino, le faltará tiempo para salir disparado al sereno del corral a revolcarse. Pero el día fatídico, cuando llega la hora, el animal, que está al cabo de la calle y sabe lo que le toca, se acurruca en la esquina más lejana de la puerta, mirando al suelo para no ver, y de allí no hay quien lo mueva.

Mientras desayuno me viene a la cabeza el vago recuerdo de una conversación con un cerdo. Hablamos, pero no me acuerdo bien de qué, solo me queda alguna palabra, jirones, retazos inconexos de algunas frases, que cuando quiero fijar en mi memoria se me escabullen entre los dedos como si fueran de agua. Era el cerdo quien llevaba el peso de la conversación, yo... le contestaba. ¿Pero qué estoy diciendo? Menuda estupidez, en mi vida he hablado con un cerdo, ¿cómo voy a hablar con un cerdo, si los cerdos no hablan? Ha tenido que ser un sueño. He debido soñarlo esta noche y aún me ronda por la cabeza.

En la calle hace frío. Los hombres que han venido a ayudar a mi tío Pepe, hoy matachín y jifero, han encendido una lumbre cerca del gamellón para calentarse mientras esperan la llegada del cochino. Cuando llega el bicho, remolón y cariacontecido, comienza la matanza. Todo pasa muy deprisa, en un momento diez manos lo inmovilizan mientras otra lo yugula, privándolo del hálito y de la vida. A mí me

dejan que lo sujete del rabo, pero solo cuando ya está muerto. Y yo que no lo sé, tiro con todas mis fuerzas, que no son muchas, convencido de que si el cochino no se mueve es porque yo estoy al cargo de la situación. Sobre el gamellón se le escalda con agua hirviendo, se le quita el pelo, se abre en canal y se vacía de órganos. Todo ello en un abrir y cerrar de ojos.

Muerto el animal, antes de seguir con el despiece, hay que almorzar. Mi tío Pepe le acaba de sacar los somarros, dos tiras de carne completamente magra, no muy grandes, que filetea con habilidad encima de una tabla de madera. Los ha puesto a asar en la lumbre sobre una parrilla, con un poco de sal. Son el mejor bocado del cerdo y el almuerzo que se ofrece a los que ayudan a matar. En la calle, cerca de la lumbre, sentados en el suelo o en alguna silla, cada cual se aplica al trozo de somarro que le ha tocado, servido sobre un cantero de pan, con ayuda de los dedos y la navaja. El botillo de vino da vueltas entre la concurrencia. Se vacía y mi abuelo lo vuelve a llenar. Lo ha tenido que llenar dos o tres veces, pero hay vino de sobra. Ayer estuvo en la bodega, se llevó la carretilla, y en previsión se trajo a casa una garrafa de arroba.

Yo también almuerzo somarro porque he trabajado en la matanza. El tío Pepe me da un trozo de una punta, muy asado, casi tostado, ya partido en pedacitos para que me lo pueda comer, aún no me dejan utilizar navaja. La carne es tierna, sabrosa, jugosa por dentro, aunque esté hecha de más, y tostada, casi quemada por fuera. Me la como con los dedos, sentado en el suelo cerca de la lumbre. El sabor es delicioso. Al masticar se mezcla el tierno jugo del interior de la carne, ligeramente salado, con la parte exterior de la misma, áspera,

crujiente de seca, que ha cogido el sabor de la leña. El resultado no es posible describirlo, así que no lo voy a intentar, me lo guardaré muy bien dentro de mi cabeza, para que su recuerdo me dure hasta el año que viene, cuando matemos otra vez.

Mi abuela sale de casa con una bandeja de rosquillas, una botella de anís, una jarra de agua y copas redondas, pequeñas, para tomarlo. Es el postre. Las rosquillas están muy buenas y desaparecen en un instante. La gente se las toma, pasándolas con tragos de vino o de anís. Mi abuelo Sebastián me alcanza una copa de las de anís, llena de agua, en la que echa dos o tres gotas de licor. Inmediatamente, parece cosa de magia, el agua se vuelve blanca, de un blanco turbio, un blanco madreperla, como si en vez de agua mi copa contuviera trozos de nubes del cielo o algodón dulce de feria.

—Es una palomita.

—¿Qué?

—El anís con agua. Le llaman palomita.

—Abuelo, ¡qué bueno está!

Es un día largo el de la matanza. No se para un solo instante, mucho trajín, de manera que cuando llega la noche todos estamos muy cansados y tenemos muchas ganas de irnos a la cama. Mi abuela me acompaña a mi habitación y me deja tapadito en la cama. Me da un beso y apaga la luz, pero ya no me entero, estoy dormido como un tronco. Me he dormido en un periquete.

CERDO.- ¡Ascanio, Ascanio!

YO.- (*Algo asustado*) ¿Quién es?, ¿quién me llama?

CERDO.- Soy yo, el Cerdo.

YO.- (*Con alivio*) ¿Tú otra vez? ¿Dónde estás? No logro verte.

CERDO.- No puedes verme porque ya no tengo cuerpo. Es mi esencia la que te habla.

YO.- ¡Ah!

CERDO.- Dime, Ascanio, ¿te ha gustado mi somarro? Me ha parecido vértelo comer con placer.

YO.- Sí, me ha gustado, pero ahora siento pudor. Se me hace raro hablar contigo de tu carne.

CERDO.- Lo entiendo, pero no te preocupes, Ascanio, tú no tienes culpa de nada. Tú y yo no somos más que dos monigotes, dos minúsculas piececitas de la máquina universal, sin autonomía ni capacidad de decisión, y nos hemos de mover del modo que a cada uno nos toca. Sin embargo, he de confesarte que estoy disgustado.

YO.- ¿Qué te aflige?

CERDO.- Que he muerto verraco sin haber sido padre.

YO.- Hombre, visto así...

VICENTE CLEMENTE CLEMENTE



Instituto Universitario
"Seminario Menéndez Pidal"



COLEGIO MADRID
FUNDACIÓN
SANTA MARÍA

semana de la 
ciencia y la **innovación**

 **UCC+i**

UNIDAD DE CULTURA CIENTÍFICA